

tar en un nuevo mundo, se reprodujeron en América los mitos y leyendas grecolatinos y medievales. De este modo, los conquistadores paladearon la idea de la fantástica isla de Antilia, la fábula de los gigantes o las leyendas de lugares poblados por Césares o Amazonas.

En la tercera parte, se analizan inteligentemente las características de la evangelización en Iberoamérica, así como el efecto que el culto pomposo de la Iglesia con sus luminarias, cánticos y templos, produjo en un estado de ánimo propenso a la magia, antes alimentado sólo por la exuberante vegetación. La importancia del elemento mariano, así como las nuevas leyendas surgidas en torno a las apariciones de santos en el Nuevo Mundo provocaron una particular religiosidad nacida del sincretismo, que se complicó y enriqueció todavía más con la interpretación que los negros, llegados como esclavos al continente americano, hicieron de esos mismos cultos y la fusión que llevaron a cabo con los que ellos habían importado de África.

La implantación forzosa de la cultura, religión y modos de vida hispanos no provocaron, al contrario de lo que hubiera podido esperarse, la desaparición del universo mágico indígena, sino que esta religión, estas creencias, tomaron cuerpo en un mundo en el que el elemento imaginativo estaba profundamente arraigado, produciéndose, de este modo, una síntesis en la que resulta muy difícil distinguir los dioses paganos de los santos cristianos, los ritos precolombinos de los católicos. Síntesis a la que se añade, además, el elemento religioso africano, que tiene mayor o menor incidencia según las regiones de Iberoamérica. Al culto e imaginería en el Caribe, donde este sincretismo tiene especial relevancia, está dedicado enteramente un capítulo.

En la cuarta y última parte del libro se analiza la influencia de las raíces mágicas de todo un continente en su arte y, especialmente, en su literatura. Algunos ejemplos conocidos de la literatura hispanoamericana, cuidadosamente seleccionados, vienen a demostrar que el «realismo mágico» no es más que la lógica consecuencia de todo un proceso. Esta parte, sin embargo, nos parece algo somera para ser colofón de este ensayo, en su conjunto, ameno y fascinante.

Paloma Lapuerta

El Lacan freudiano

El cincuenta aniversario de la muerte de Sigmund Freud ha dado lugar a numerosos homenajes celebrados en sociedades científicas, en medios de comunicación y en diversas instituciones. Ésta fue la ocasión y el motivo que eligió la *Fundación Mexicana de Psicoanálisis* para su séptimo coloquio, al que llamó *La cosa freudiana*¹ y cuyas ponencias constituyeron el logrado libro del mismo nombre, objeto de nuestro comentario.

Cuando Freud muere, en 1939, el destino del psicoanálisis no estaba asegurado. Hacia cuarenta años que había publicado su *opus magnum* —según siempre reconoció— *Die Traumdeutung* (*La interpretación de los sueños*), efecto de su *relación* con W. Fliess. Tal vez, efecto de esta misma relación truncada fue la creación en 1910 —por sugerencia de S. Ferenczi— de la IPA (*The International Psychoanalytical Association*), que al año siguiente vio la defección del presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, A. Adler; en 1912, la de su secretario, W. Stekel, y en 1914 la del primer presidente de la IPA, C. G. Jung. Estos efectos institucionales se traducían en efectos teóricos y, por ende, prácticos. Hacia 1927, Freud pierde el poco control que tenía sobre la IPA con la aprobación de la necesidad del currículum médico para acceder a la práctica psicoanalítica en el territorio norteamericano.

No son ajenas a este ambiente las dificultades que tuvo Jacques Lacan con la institución psicoanalítica desde su primera participación en 1936 en el congreso de Marienbad con su ponencia sobre el estadio del espejo, inte-

¹ *La cosa freudiana, volumen a cargo de Néstor A. Braunstein. Coloquios de la Fundación 7. México, Ediciones de la Fundación Mexicana de Psicoanálisis, 1991.*

rrumpida con la aquiescencia de Anna Freud por el factótum de la IPA, E. Jones. En 1938 —según nos recuerda E. Roudinesco— la titularidad de Lacan a la SPP (*Société Psychanalytique de Paris*) chocó con la oposición de M. Bonaparte y el analista de Lacan, R. Loewenstein. Se accedió cuando pudo negociarse, al mismo tiempo, la entrada de Heinz Hartmann. Estos mismos personajes se *encontrarían* en 1953 —el presidente ahora de la IPA era H. Hartmann—, cuando finalmente Lacan y su grupo se vieron fuera de la IPA, sin comerlo ni beberlo.

Esta extraterritorialidad permitió a Lacan comenzar su seminario público ese mismo año de 1953, en noviembre, pocos días después de publicarse en PUF un libro de Freud traducido como *De la technique psychanalytique*. Inicia, pues, una actividad que se prolongará durante diez años en el mismo lugar, el hospital parisino de Santa Ana, y a la que definirá en 1957 como «un séminaire critique fondé sur la discipline du commentaire, appliqué aux textes de Freud».

Nueve días antes del comienzo de su tercer seminario (*Les structures freudiennes dans les psychoses*, el 7 de noviembre de 1955 Lacan se desplaza a Viena para pronunciar una conferencia sobre Freud con motivo del centenario de su nacimiento que se celebrará al año siguiente. Su título: (*Le sens d'un retour à Freud dans la psychanalyse* —como se recuerda en *Les psychoses*, y en las «Notas preparatorias» publicadas en *Ornicar*— (aquí se habla impropriamente de La Chose freudienne —título del redactor del artículo— escrito, además en mayúscula *Chose* y no *chose*, como lo escribió Lacan). Sólo a la hora de su redacción definitiva en el primer semestre de 1956 y su publicación en junio del mismo año, se llega al título definitivo: *La chose freudienne ou Sens du retour à Freud en psychanalyse* (La cosa freudiana o Sentido de la vuelta a Freud en psicoanálisis).

Los miembros de la Fundación Mexicana de Psicoanálisis —a cuyo frente se halla Néstor A. Braunstein— eligen, pues, para conmemorar el cincuentenario de la muerte de Freud, el título de este texto de Lacan de 1956, publicado el año del centenario del nacimiento de Freud. Es un texto que —no sólo cronológicamente— está en el eje de la producción psicoanalítica de Lacan que se desarrolla desde 1932 hasta 1980.

Este volumen hace serie. En efecto, desde 1981 se han publicado otros seis volúmenes en los que se recogen

otros tantos coloquios. El primero, *A medio siglo de El malestar en la cultura* (Siglo XXI, 1981). Los siguientes: 2.º: *El lenguaje y el inconsciente freudiano* (Siglo XXI, 1982); 3.º: *La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan* (Siglo XXI, 1983); 4.º: *El discurso del psicoanálisis* (Siglo XXI, 1986); 5.º: *La interpretación psicoanalítica* (Trillas, 1988); 6.º: *Las lecturas de Lacan* (Dosvelas). Está anunciado el octavo sobre *La clínica del amor*.

Esta considerable producción es inmensa si se la compara con la que se lleva a cabo en España. Los miembros de la *Fundación Mexicana de Psicoanálisis* que probablemente no son de ninguna institución psicoanalítica internacional, llámense IPA o *Champ freudien*, mantienen un discurso lúcido y crítico como muestran en las diversas comunicaciones que conforman el libro *La cosa freudiana*. Para ello, sólo basta leer el título de las mismas: «Escuchar la Cosa, pensar la Cosa», de Daniel Koren; «Freud desleído», de Néstor A. Braunstein; «F. L. N. (Freud-Lacan-Nietzsche)», de Frida Saal; «Desenterrar a Edipo», de María Teresa Orvañanos; «¿Lacan posmoderno?», de Salomón Derreza; «El sujeto del fantasma», de Helí Morales Asencio; «Clínica de la Cosa: obligación de lo imposible», de Pedro Oyervide Crespo; «La causa del síntoma», de Daniel Gerber; «Causa-lógica», de Adalberto Levi-Hambra; «La fábula de la peste», de Julio Ortega.

No podemos detenernos en la consideración de ninguna pero cabe señalar la audacia de Néstor A. Braunstein para enfrentar el discurso actual psicoanalítico cuando dice que «la experiencia y la teoría del psicoanálisis de hoy están mucho más distantes de la palabra y del ejemplo de Freud que antes», aplicándolo sobre todo a la IPA y a su corriente más fortalecida, la que se cobija en la teoría de las relaciones de objeto. Reivindica la posición de Lacan de vuelta a Freud, pero no una vuelta en que se sacralice el texto lacaniano. Reconocerse lacaniano, resume, es reconocerse freudiano.

Frida Saal, argumentando con Freud, Lacan y Nietzsche, resume un siglo de escritura que ha determinado y determina la modernidad de la que habla, en relación a Lacan, Salomón Derreza. Volver sobre Edipo, como hace M.^a Teresa Orvañanos, es preguntarse por los fundamentos de nuestra cultura y desenterrar, acaso, el hacha de guerra. El sujeto que crea Descartes y sirve de fundamento al concepto de sujeto del inconsciente de Lacan, permite a Adalberto Levi-Hambra escribir sobre

el lugar del deseo. De la clínica tratan sólidamente Heli Morales, Pedro Oyarvide y Daniel Gerber. Sobre la difícil articulación de la Cosa y el Sujeto trata Daniel Koren. Cierra el libro el artículo de Julio Ortega que al rigor histórico une la pregunta por la herencia de Lacan. ¿No ha logrado, por fin, que el psicoanálisis produzca apestados, sobre todo después de la disolución de 1980? Recordemos el último en sucumbir, el entrañable Claude Conté.

Libro, pues, *La cosa freudiana*, de lectura obligada.

Ángel de Frutos

Una infancia perdida*

Puede asegurarse que la vitalidad del cuento literario es indicio de la buena salud de cualquier literatura, puesto que entre la narrativa larga y la corta hay una evidente correspondencia de fuerzas que determina la solidez del

* Antonio Martínez Menchén, *Una infancia perdida*, Narrativa Mondadori, 1992, 136 págs.

conjunto. Todas las literaturas importantes del siglo ofrecen, junto a grandes novelistas, una pléyade de autores de cuentos y, por ejemplo, el vigor de la literatura latinoamericana no se comprendería sin esos fervorosos cultivadores del género corto que han escrito tantos relatos inolvidables, de Arlt a Borges o Cortázar, pasando por Ribeyro, Bioy, Quiroga, Onetti... Por eso siempre debe celebrarse la aparición de un libro de cuentos literarios de verdadera calidad, aunque en España el destino de la narrativa breve no sea precisamente encontrar una respuesta atenta, por la falta de consideración que el género parece merecer entre la mayor parte de los lectores y de los críticos.

En el caso de *Una infancia perdida*, la celebración debe ser doble, pues su autor, Antonio Martínez Menchén, había dedicado su principal esfuerzo durante los últimos años a escribir libros dedicados al lector infantil y juvenil, y aunque tales libros tengan extraordinario interés —piénsese, por ejemplo, en la trilogía que forman *Fosco*, *El despertar de Tina* y *Fin de trayecto*— su naturaleza de narrativa editada para un tipo especial de lectores ha limitado sin duda su difusión y conocimiento general.

Una infancia perdida se compone de nueve cuentos precedidos de una introducción hecha también en clave de ficción. En todos los cuentos se abordan vicisitudes infantiles en la vida familiar y colegial, en unos años —los años de la posguerra civil española— marcados por la intolerancia, el dogmatismo y una pedagogía cruel, cuando no inquisitorial. Los cuentos que abren y cierran el conjunto —«Nâga» y «Remanso»— como si estableciesen los signos de un peculiar paréntesis, rozan lo fantástico, la magia y el delirio. En el primero, un niño que merodea por los alrededores de una feria ambulante, entre carruseles de tiovivo, norias y tómbolas, encuentra a una muchacha que le invita a un extraño viaje interior, y en el último, dos muchachos creen haber visto el fantasma de un compañero que se ahogó en el río de sus baños y sus juegos. Entre ambos se despliega el resto de los relatos. Unos tienen cierto tono alegórico y simbólico: «Inquisidores» muestra como la educación dogmática puede producir efectos opuestos a la intención de sus mentores; en «Morgazo» aparece el destino degradado de algunos antiguos héroes; «Aníbal y Escipión» trata de la supervivencia de los rencores aprendidos; en «Partida al atardecer», el desarrollo de una partida de ajedrez entre